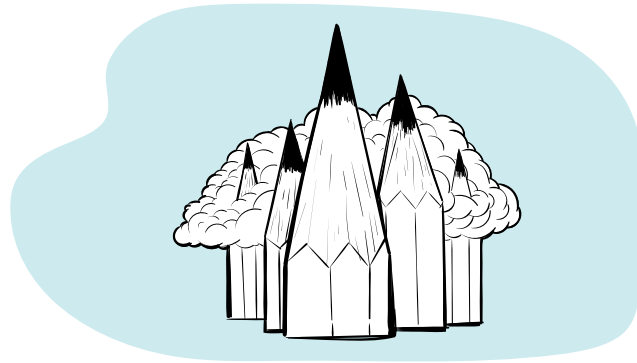


SIEMPRE IGUALDAD, NO EQUIDAD



Por Isabel Rincón
Díaz*

TESTIMONIOS

E

xisten recuerdos que marcan épocas, recuerdos agradables, desagradables, tristes, bonitos. Cualquier calificativo que les des será simplemente para no olvidarlos. En toda institución, sea cual fuere su razón social, vamos a encontrarnos de frente con la realidad social, política y económica del país pero en especial de la institución donde te desempeñas como trabajador, sin importar la idiosincrasia de la empresa.

Cuando estudiábamos en la Universidad Santo Tomás los docentes nos mostraban la vida un tanto irreal, nos hablan de equidad, derechos fraternidad, compromiso, responsabilidad, solidaridad y un sinnúmero de valores, desde la teoría, pero en la práctica, la realidad es distinta. No pertenecíamos a ningún grupo, ni machistas ni feministas, ni azules, ni rosaditos, ni de centro ni derecha o izquierda, simplemente éramos estudiantes del primer Claustro Universitario y sí, fue una inmensa alegría ver que como recién egresados la Universidad nos brindó la oportunidad de ser parte de su cuerpo docente. Experiencia, tenía mucha: venía de trabajar en colegios de preescolar, femeninos, masculinos, públicos, privados. Tenía la “sospecha” de ser profesora y ahora pasaba a ser docente universitaria.

* Licenciada en Filosofía y Letras, especialista en Educación y Filosofía Colombiana y magister en Filosofía Latinoamericana por la Universidad Santo Tomás. Docente pensionada del Departamento de Humanidades y Formación Integral de la misma universidad. orcid: <https://orcid.org/0000-0003-3452-8818>

Dejaba atrás la educación preescolar metódica, administrada y orientada por mujeres de todos los pelambres, ideologías, saberes, aptitudes, igualdad, desigualdad. Allí lo femenino no daba paso a lo masculino, las lágrimas eran naturales, los berrinches, cosa de cada día y la ternura desbordaba la severidad, todo problema se discutía, se analizaba pero seguía igual.

En el bachillerato la cuestión fue diferente: un mundo regido, administrado y ordenado por hombres. Las mujeres observaban, proponían, comentaban, pero no interrumpían; el desorden y la Implacabilidad del espíritu reinaba; la visión de la vida era muy diferente: dos mundos en el mismo universo sin poder comunicarse.

La ironía cedió, dio paso a la solidaridad, en algunos momentos, instantes infinitos, la equidad y la igualdad brillaron.

La Universidad unió esos mundos en un solo universo, donde las teorías de los fractales, de cuerdas y del caos iban tomando forma, eso pensé.

El recuerdo del primer día aún me produce cierto desconcierto: aunque conocía muy bien la Universidad y sabía en qué lugar quedaba cada dependencia, jamás había entrado a la sala de profesores de Humanidades. Segundo piso, edificio de arcos, al final del pasillo al lado del baño, un cuarto con una fila de escritorios viejos y desgastados a lado y lado, una que otra silla, lugar estrecho, donde no había espacio para un libro más, los trabajos escritos, tesis y demás producciones estudiantiles se colocaban en los diferentes escritorios para señalar a quién correspondía. “¿Me puedo sentar aquí? ¡No! ¿Aquí? ¡No! En esa silla”.

Los escritorios tenían nombre propio, solo uno de ellos pertenecía a una docente que lo había heredado de otra docente, que había pasado a la Facultad de Filosofía. Yo era una más de las pocas mujeres para ese entonces en el Departamento de Humanidades, en una órbita de hombres, chistes irónicos, anécdotas, historias de hombres. Recién llegada, no tenía idea de

las dinámicas de la convivencia en ese contexto. Dos de las docentes que allí estaban habían dictado clases en los cursos y materias que tomaba, creí que éramos pares. Era recién egresada, me faltaba experiencia, visión para mirar el plano desde todas las aristas y años. La experiencia y todo lo demás te lo dan los años.

Parecía que ellas entendían los comportamientos de ellos y lo ratificaban, sentía que no encajaba, que estaba en la dimensión equivocada, no entendía cómo el discurso era diferente a la realidad, ni la diferencia entre el ser y el estar.

La resistencia era alta, sin ser discriminatoria, porque a la tensión ya la había logrado vencer un poco: las docentes existen, lo que demostraba que se podía. El estudio fue arduo, la actualización intensiva, la memorización de párrafos y textos completos, implacable; la *doxa* no se consentía, la *episteme* fungía como gobernante, todo en perspectiva de mejorar, profundizar y agudizar nuestro conocimiento con miras a garantizar la calidad de las enseñanzas impartidas a los estudiantes o probar nuestras habilidades y conocimientos. Ideas nuevas iban y venían, argumentos viejos ya no se discutían. Demostrar, comparar y criticar fueron procesos duros de refinar, la ironía ya casi moría pero la igualdad aún no cedía. Participar de manera activa y eficaz en congresos y seminarios méritos tenía, todas las actividades académicas en franca lid se esgrimían, aunque la espada fuera de diferente material en cada ocasión según los contendientes. Méritos se hicieron para lograr la coordinación por parte de las mujeres, se vislumbró al final del camino una luz pero se apagó antes de brillar. Con el tiempo llegaron algunas, luego más y más, con ímpetu y ganas de hablar de participar, entraron por un sedero pulido, amplio que fue abierto con anterioridad. Se habló de equidad, feminismo, machismo e igualdad. La ironía cedió, dio paso a la solidaridad, en algunos momentos, instantes infinitos, la equidad y la igualdad brillaron. Los chistes fueron de otro color, las tareas se distribuyeron en equidad y el compañerismo se dio. El proceso de cambio no duró mucho, retrocedió y llegado un momento especial, se sintió que el viejo tiempo se asomó, volvió, el ciclo se repitió.